

SUCES. DE RIVADENEYRA (S.A.) MADRID.

La Novela de Hoy

30 cts.

Lolita buscadora de emociones

POR ALVARO RETANA

MANUEL REDONDO

La Novela de Hoy

correspondiendo al favor cada día más creciente que el público le otorga, ha adquirido LA EXCLUSIVA de las producciones de los grandes escritores

VICENTE BLASCO IBAÑEZ
PEDRO MATA JOAQUIN BELDA
«EL CABALLERO AUDAZ»
EDUARDO ZAMACOIS
ALBERTO INSUA
ANTONIO DE HOYOS Y VINENT
WENCESLAO FERNANDEZ FLOREZ
RAMON PEREZ DE AYALA
RAFAEL LOPEZ DE HARO
ALVARO RETANA
LUIS ARAQUISTAIN
JUAN PEREZ ZUÑIGA
VICENTE DIEZ DE TEJADA
FERNANDO MORA

y otros.

Tan enorme esfuerzo, sin precedente en España, no ha vacilado en hacerlo

La Novela de Hoy

en obsequio a sus numerosísimos lectores.

Pronto aparecerá un libro amenísimo

de

ALVARO RETANA

titulado

Todo de color de rosa

dedicado a las mujeres.

Constará de 300 páginas, con magnífica portada de Ribas.

Se venderá al precio de

CUATRO PESETAS

Pedidos a

"La Novela de Hoy"

Apartado 473.

MADRID

LEA USTED

EL HIJO LEGAL

por

ARTEMIO PRECIOSO

con un prólogo de

W. FERNÁNDEZ-FLÓREZ

Precio: CUATRO pesetas.

DE VENTA

EN TÓDAS LAS LIBRERIAS

LA NOVELA DE HOY

Director: ARTEMIO PRECIOSO

Oficinas: MENDIZÁBAL, 42, segundo. Apartado núm. 473

Año II | Madrid, 11 Mayo 1923 | Núm. 52

Lolita, buscadora de emociones

NOVELA

por

ALVARO RETANA

Ilustraciones de M. REDONDO

MADRID
SUCESORES DE RIVADENEYRA (S. A.)
Paseo de San Vicente, 20
1923

A MODO DE PRÓLOGO

El novelista de la buena sombra.

Al dirigirme a casa de Alvarito Retana me pregunto por el camino mentalmente: ¿Con qué novedad insólita me sorprenderá hoy el delicioso humorista?

Porque el principal atractivo del joven escritor, considerado por Missia Darrys como el novelista más guapo del mundo, no es esa sensacional belleza de que tanto presume con infantil cinismo, ni siquiera su gran talento de literato, dibujante o compositor. Lo más encantador de Alvarito Retana es su humorismo y su cordialidad, que le hace ser simpático a cuantos tengan que entenderse con él.

Alvaro Retana ha tenido el acierto de componerse *un tipo original, mezcla de travesura y de*

perversidad, de candor y de cinismo, que le hacen tan interesante como cualquier personaje de sus obras. Otros autores conquistan al público merced a sus producciones. Alvaro Retana, espíritu moderno educado en las artes reclamistas de los grandes artistas extranjeros, todo lo sacrifica ante el éxito personal, que es, a la postre, lo que aporta el éxito literario.

Y Retana, que ha triunfado por sus "boutades", que advierte el regocijo con que la gente le celebra sus ingeniosos trucos, se desvive constantemente por complacer a sus admiradores.

No es posible dar idea de lo buen chico *que es Retana en su intimidad. De los tesoros de ternura que guarda para las personas que le rodean. Nada endiosado, posee una modestia encantadora, de la cual si prescinde en público es porque cree que con ello hace rabiar* a los de la acera de enfrente *y satisface a sus partidarios. Retana no tiene más defecto que sus libros. Pero lo más curioso es que sin estos inconvenientes el público no habría llegado a estimarle. Se ama lo que hay en Alvaro de despreocupado, sus audacias, sus incongruencias, y lo malo que se cuenta de él contribuye a hacerle más sugestivo. A ningún otro artista*

español se le perdonarían las pillerías que a Retana, porque el público ha adivinado el juego y no puede condenar lo que comprende que es únicamente un recurso para atraerle.

Son las tres de la tarde.

Un sol espléndido, casi primaveral, inunda de alegría el cielo azul, sin nubes. Alvaro Retana, envuelto en su gabardina azul marino y calzados los guantes de color marfil, como cualquier "guayabo" de sus libros, se dispone a salir cuando mi entrada en su despacho le sorprende.

—¡Ah! ¿Es usted, Artemio?—exclama el tobillero vitalicio, estrechando la mano que le tiendo.

—¿Por lo visto esperaba usted a otra persona?

—Cierto. Al maestro Amalio, mi colaborador en arte frívolo. Amalio tiene una soberbia moto, *y los días como hoy salimos de excursión. Amalio guía con una precisión tan admirable, y su Harley Davidson me inspira tanta confianza, que no vacilo en acomodarme en el soporte, y, con algún par de amiguitas en el sidecar, nos vamos a merendar a mi finca de Torrejón.*

Luego, tras una corta pausa, continúa Retana:

—¿Qué le trae por aquí?

—Vengo a pedirle el retrato suyo, que ha de

ir en la cubierta de LOLITA, LA BUSCADORA DE EMOCIONES.

—Ahora mismo—exclama Alvaro, dirigiéndose a uno de los cajoncitos de su librería. Y luego, después de haber escogido uno entre el centenar de fotografías de Cartagena y Novillo, que revisa vertiginoso, añade: —Voy a darle éste, que ha sido hecho hace dos días, para que mis admiradoras comprueben que sigo en plan de guayabo, monísimo.

—¡Cualquiera le conoce a usted! ¡La verdad es que con los retratos que da usted al público no hay manera de identificarle en la calle!

—Pues eso es, precisamente, lo que yo me propongo. Darle al público la sensación de un novelista en todo de acuerdo con sus producciones. Y, sobre todo, seguir saboreando las ventajas de pasar inadvertido en todas partes, sin los inconvenientes de la celebridad personal. ¡No puede usted imaginarse lo que a mí me fastidia ser reconocido cuando asisto a un teatro, a las carreras, a un cabaret, *a los toros o adonde sea. Me entusiasma advertir que nadie se fija en mi, y que me escamoteo a la curiosidad general. ¡Poder hablar con mi vecina de mesa en un café o con mi compañero*

de butaca en el cine *sin que se sepa quién soy! ¡Qué delicia! ¡Poder buscar una aventura con una criatura que no nos atiende por nuestra celebridad sino por nosotros mismos! Mi mayor placer es seguir por la calle a una modista y que ella me permita un abordaje, creyendo que realmente me llamo Carlos Ruiz! ¡Entonces es cuando verdaderamente puedo estar seguro de que he realizado una conquista! ¡Me revienta que me amen por mi firma! ¡Que se busque mi amistad por ser quien soy! Hay momentos en que quisiera verme despojado de mi leyenda de chico guapo, generoso y amoral, para asistir al desfile de mis adoradoras y a la deserción de mis incondicionales.*

—Es usted el único artista a quien contraría su popularidad.

—Me agrada contar con la predilección del GRAN PUBLICO, que mi nombre sea conocido por todo el mundo, para bien o para mal, y que mis retratos rueden de Norte a Sur y de Este a Oeste; pero en mí hay dos Alvaros Retana: uno, el artista estrepitoso, hambriento de notoriedad; el ESCLAVO del PUBLICO, el niño turbulento, siempre dispuesto a promover un alboroto que regocije a sus admiradores, y otro, el chico sencillo y modesto, el burguesito todo corazón, enemigo

del bullicio, que desea guardar el incógnito y vivir exclusivamente para su idilio con la parte beligerante. Toda la luz para mi nombre; toda la oscuridad para mi persona. Todo el escándalo para el artista; todo el silencio para el hombre. ¿Me entiende usted? Ahora comprenderá por quê yo, que soy bastante suculento, según puede comprobarse por mis fotografías o examinándome en Manuel Silvela, 10, *donde todas las tardes concedo audiencia gratuita a los curiosos, procuro en la calle aparecer como un ente vulgar, sin alicientes llamativos.*

—Su teoría será equivocada o no; pero al menos es original.

—Es mi única virtud en arte, aunque otra cosa intenten demostrar los amargados.

—Fuera del arte, ¿tiene usted virtudes?

—¡Hombre, no soy un santo; pero tampoco soy tan malo como alguien me supone! Soy un artista que vive consagrado al estudio y que me limito a trabajar, sin preocuparme de lo que hagan los demás, aunque sea en contra mía. El odio, la envidia y la tristeza del bien ajeno, afean y envejecen a quien se deja dominar por ellos. Yo no quiero mal a nadie, no envidio a nadie, y me tienen sin cuidado los éxitos de los demás. Vivo apartado de

otra lucha que no sea el trabajo. Laboro incesantemente, ayudo en cuanto puedo a los artistas nuevos que se acercan a mí, y esto es lo que me mantiene redondo, hermoso, joven y contento. Mi felicidad es tanto más estimable, porque no se la debo a nadie más que al PUBLICO. Me la he conquistado yo solo, a fuerza de actividad y sacrificios, procurando ser grato a mi dueño y señor. No creo poseer talento excepcional. Pero cuento con el tesoro de mi amor al trabajo. Me enferma estar ocioso. Vivo entregado a la fiebre de producir: novelas, crónicas, figurines, melodías. Todo lo que sea ameno y frívolo.

—¿Es usted creyente?

—Lo he sido siempre. Mi familia me ha educado en el temor de Dios. Debo decirle que yo no creo en esos santos de ramillete de confitería con las barbas rubias y túnicas de colorines. Pero creo en un Dios Grande, Justo y Todopoderoso. Un ser admirable, principio y fin de todas las cosas, que vigila nuestros pasos en la vida. No tiene nada que ver que yo sea el escritor más libertino de mi época para que tenga creencias religiosas y cumpla los Mandamientos de la Ley. Amo a Dios sobre todas las cosas; no juro su santo nombre en vano; santifico las fiestas; honro padre y madre;

no mato; en lo que afecta al sexto mandamiento, si bien es cierto que yo no me asusto de nada, procuro obrar de acuerdo con la parte beligerante y sin escándalo ni perjuicio para tercero; no robo; no levanto falsos testimonios y procuro mentir lo menos posible; no deseo la mujer del prójimo y no codicio los bienes ajenos. De modo que Dios no puede tener queja de mí. Y respecto a la gente que me rodea, no puede tener queja tampoco, puesto que soy mascoto.

—¿También mascoto?

—¡Qué duda cabe! Yo doy la buena suerte a las personas que me quieren, y atraigo la mala sombra a quienes realizan algo en contra mía.

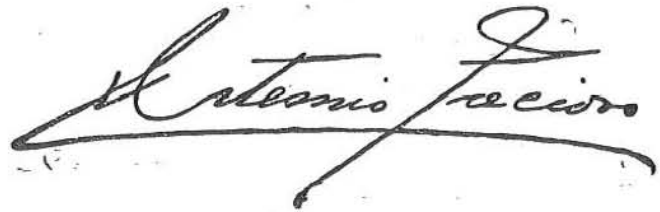
Nuestro diálogo es turbado por la llegada de Amalio Fernández, el aplaudido compositor, hijo del célebre escenógrafo del mismo nombre, al que me presenta Retana.

—Aquí tiene usted un caso. Antes Amalio vivía oscurecido e indolente, y desde que colabora conmigo es uno de los músicos más populares y cobra unas liquidaciones fabulosas en la Sociedad de Autores. Y él, que hace muy pocos meses caminaba a pie por las calles, ahora posee una estupenda Harley, en la cual suele invitarme a pasear. ¡No le quepa a usted duda, amigo Artemio! ¡Soy mascoto!

Y Alvarito Retana, cogiendo de la mano a dos lindas muchachas que venían con Amalio, sale conmigo y con su colaborador para emprender la marcha a la finca del joven novelista. Son la Esmeralda *y* la Trianera, *dos estrellas bellísimas de la galantería, que después de su excursión por el Norte de Africa, han regresado a la Corte y forman con el joven novelista un alarmante trío.*

Mientras bajamos la escalera, Retana murmura a mi oído:

—¡Y pensar que mientras algunos envidiosos amargados intentan complicarme la existencia, combatiéndome como artista y como hombre, yo gozo de la vida y me oxigeno! ¡En vez de denostarme, que trabajen quince horas como yo, y si en verdad poseen talento, tendrán igual que yo la Salud, el Dinero, la Gloria y el Placer...



Lolita, buscadora de emociones.

A los honrados padres de familia: para que eviten que sus nenas imiten a Lolita.
ALVARO RETANA.

I

Entre la pollería masculina, aristocrática y ociosa, que decora por las mañanas los paseos de Recoletos, la Castellana y el Retiro; que se da cita por las tardes en la Granja de El Henar o en la pastelería Molinero, y que prefiere por las noches el teatro de Lara o Maravillas, Lolita Cotollano de Vivar disfrutaba de ese prestigio de las cosas "muy serias", a pesar de que la chiquilla era bastante alegre.

La deliciosa tobillera, perteneciente a una familia acaudalada y honorable, poseía dos admirables ojos de color caramelo, que parecían siempre adormilados, como perdidos vagamente en un ensueño voluptuoso; una graciosa naricilla respingona y sensual, una boquita exageradamente diminuta y una abundante cabellera de oro, que ilu-

minaba el rostro, marfileño y triangular. Tenía mucho de felino aquella cabecita colocada altivamente sobre un busto estatuario, cuyo atractivo principal no era la línea de los hombros, de una



pureza helénica, sino la torneada madurez de los senos pequeños, dos jugosas mitades de naranja florecidos por dos botones que solían transparentarse en los vestidos veraniegos. Y si también el

talle era un modelo de perfección olímpica, los brazos hubieran causado envidia a la Venus de Milo, y las piernas eran dos armoniosas columnas, maravillosamente modeladas, digno sostén de un edificio tan glorioso: dos arpegios trepando al Paraíso, cuya puerta empezaba a abominar de su propio hermetismo.

La aparición de Lola con sus trajes, de una furiosa policromía, en los andenes de Rosales, en los palcos de Royalty y en los tes del Palace Hotel, producía entre los gomosos de Madrid el efecto de una provocación: algo así como el reto a sus virilidades de una infernal walkyria, terrible en el inmenso poderío de sus quince fragantes primaveras y sus vestidos de colores febriles, que hacían ladrar a los perros desesperadamente. Porque intrépida y magna, confiada en su éxito infalible, Lolita Cotollano, ataviada con arreglo a su inspiración cubista, arrojábase a la voraz contemplación de sus admiradores, orgullosa de aquella facultad que poseía de encender el deseo de los machitos jóvenes, de los adolescentes educados en la escuela de Onán, que era el cortejo idólatra sostenedor de los prestigios de la preciosa tobillera.

Difícilmente hubiérase encontrado otra chiquilla que cultivase un *maquillage* tan arbitrario como el suyo; pero, a pesar de aquellas sombras violáceas que agrandaban los ojos disparatadamente, de aquellas pinceladas de carmín en el centro de los

labios, que achicaban la boca de un modo inverosímil, despertando en las imaginaciones infantiles y depravadas *no sé qué* anhelos monstruosamente libertinos, Lolita resultaba definitivamente suculenta, apetitosa como un bocadillo de jamón de esos que tanto le agradaba a ella consumir en los aprovechados intermedios de las sesiones de cinematógrafo. Parecía condimentada por el Diablo con la salsa picante de los siete pecados capitales, y diríase que Satán la había comunicado algo de sus ardores, no ya porque excitara a cuantos la mirasen, sino porque ella misma chamuscábase en la voracidad de un incendio interior.

Lolita Cotollano de Vivar estaba envenenada de inquietudes eróticas, y era una enferma de lujurias hipotéticas, una víctima irresponsable de su naturalza apasionada, consumida en un ansia que los prejuicios y el respeto a la familia contenían severamente. Bien es verdad que Lola desquitábase de aquellas sujeciones con que la torturaba la sociedad y el miedo a graves contingencias, apelando a procedimientos que cualquier novelista motejaría de satánicos y que la habían deparado una celebridad importantísima entre los lechuguinos madrileños, en los cuales creaba con sus locuras pintorescas palideces macabras y ojeras inquietantes, que eran como el marchamo inconfundible que señalaba a los favorecidos por el capricho de Lolita.

Los padres de la joven, absorbidos por las ba-

nales obligaciones del gran mundo, habían entregado a la pequeña y a su hermano menor, Falito, en poder de una viuda respetable, que ejercía con ellos las funciones de profesora de Francés y dama de compañía, y que reconociéndose impotente para luchar con los hermanos, prefería tender amablemente un velo, y a veces una alfombra, sobre las travesuras de ambos monigotes, indómitos, glotones y sensuales, y advirtiendo en su



perspicacia que contrariarlos hubiera equivalido a indisponerse con ellos y ser incluso despedida de la casa, optó por aliarse con las dos fierecillas cuya vigilancia le estaba encomendada, y tanto Rafaelito como Lola hubieran promovido un zipizape fragoroso antes que permitir ser despojados de la avispada "carabina".

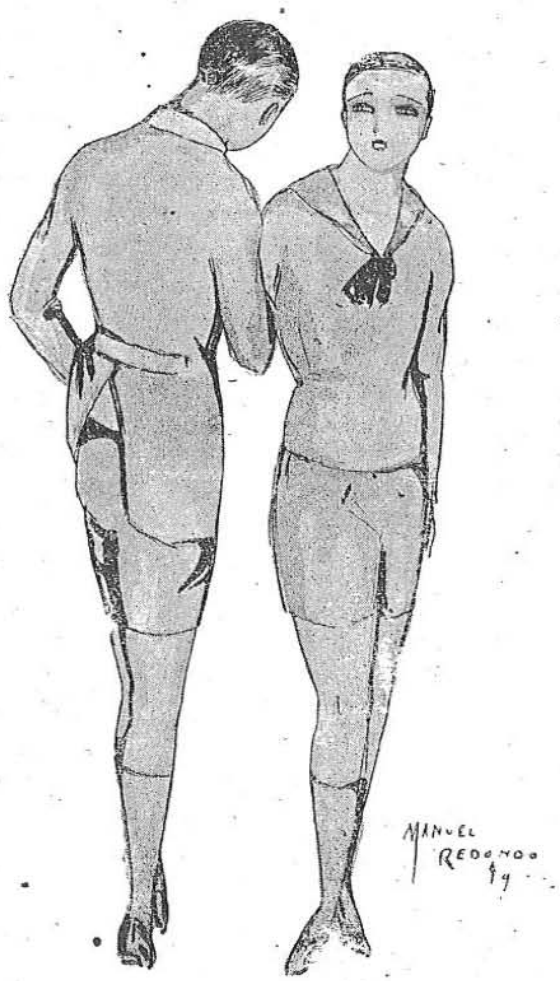
Consecuencia de aquella independencia en que vivían los hermanos era que, tanto ella como él, bajo un aspecto dócil y sumiso, tan tranquiliza-



dor para los padres, ocultaban un alma depravada y curiosa, propicia a los mayores desafueros, porque su misma vida muelle y comodona favorecía notablemente la inclinación al mal. Lolita y Rafael eran dos virginidades sin inocencia, que a los quince y trece años deleitábanse en la lectura de novelas galantes y periódicos pornográficos, manteniendo con sus amigos respectivos unas conversaciones que hubieran sonrojado a un carretero.

Elegantemente olvidados por sus progenitores, constantemente en viajes por Londres y París, y que en la corte apenas disponían de tiempo para asistir a comilonas y recepciones aristocráticas; sin el freno de Enrique, el hermano mayor, alumno de segundo año en la Academia de Toledo, Lolita y Rafael, como tantos "guayabos" pertenecientes a la buena sociedad, arrastraban una existencia divertida y ambigua, sin más quehaceres que sacar adelante Rafaelito el cuarto año del bachillerato y dominar Lolita la lengua de Molière. Pero como el muchacho sólo tenía colegio por la mañana, a las horas que ella practicaba el francés con la dama de compañía, les quedaba la tarde libre para desenvolver unos programas a base de meriendas, paseos, *cines* y teatros, que no ofrecían nada de aburrido para la complaciente "carabina".

Cuando iban por las tardes al Palacio de Hielo, mientras la noble viuda y Rafaelito engolfábanse en la tarea de devorar pasteles y ensaimadas, Lolita, que sentía unas hambres muy diferentes, pa-



sábase la tarde bailoteando con la serie numerosa de confortables barbilindos de su agrado, y sabía incrustarse a su pareja con tal exquisitez y perfección, que se enteraba inmediatamente de los menores detalles anatómicos del confortable bailarín. La enervante melosidad del tango y las lascivas convulsiones del *fox-trot*, procuraban a Lolita sensaciones inenarrables, y cuando el mozalbete que danzaba con ella la aprisionaba fuertemente y percibía ella el aliento del gomoso y esas palpitaciones que no son del corazón precisamente, el cuerpo de Lolita ondulaba como rizado por la inefable angustia del espasmo. Y entonces se entablaban unos diálogos curiosos, en que la voz entrecortada de la nena contribuía a hacer más delicioso el suplicio del bailarín.

—Chucho, por Dios, no aprietes tanto, que me pongo muy mala.

—Yo sí que estoy malito. Y me voy a morir... Y tú tendrás la culpa...

—¡Ay, no me digas esas cosas!

—¡Qué tetitas más ricas tienes! Si no estuviéramos aquí con qué ganas te mordería en un pezón.

—Chucho, que van a oírnos.

—¡Que me oigan! ¡Mejor! ¡Así sabrán que estoy por ti más loco que una cabra!

A la orquesta tocábale interrumpir aquel diálogo, que Lola continuaba con otro petimetre al empezar el nuevo *fox*.

La tobillera entonces, comprobando que el gomosín de turno patentizaba su emoción en una forma que hubiera amedrentado a una vaca, exclamaba desfallecida, saboreando la embriaguez de aquel divino espanto:

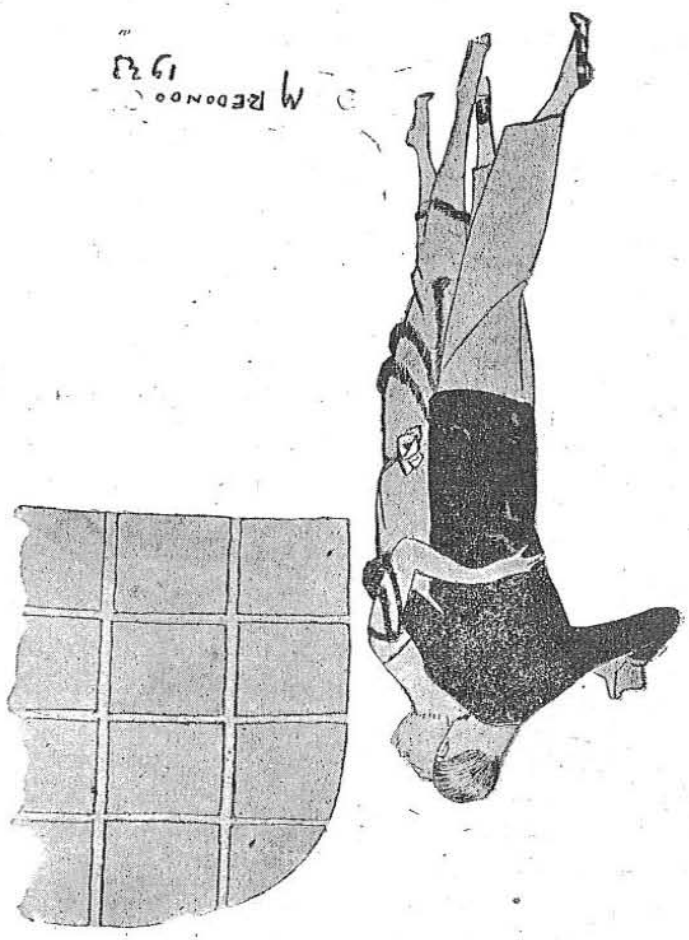
—¡Ay, Pocholo! Yo no sé lo que siento.

—¿Quieres que te lo diga?

Y el galán murmuraba al oído de la joven la explicación grosera y terminante, que hacía más aguda la excitación de la pequeña, avivando su afán de escuchar palabrotas brutales y términos obscenos, que causaban en ella los efectos de un bienhechor rocío.

Porque Lola se perecía por escuchar atrocidades de labios masculinos, y gozaba de un indecible bienestar viéndose perseguida y acuciada por el deseo de sus víctimas, aquellos pobres chicos a los cuales encandilaba y que de cuando en cuando veíanse obligados a hacer una discreta escapatoria del salón para saciar de un modo estéril en algún rincón reservado aquel anhelo voluptuoso que en ellos provocaban las perversas habilidades de Lolita.

Mas si la frágil tobillera, infatigable buscadora de emociones, verificaba estas proezas en un salón de baile, ante las majestuosas barbas de la opinión pública, en los palcos del Real Cinema perpetraba adorables pillerías, contando con la ayuda de la señora Oscuridad. Con un galán a cada lado, Lolita, finamente, se aventuraba a ex-



ploraciones que únicamente en latín podrían describirse, y durante la proyección de la película documentábase minuciosamente sobre ciertos extremos y establecía comparaciones truculentas que afirmaban su estimación por los interesados. Pero lo más original de Lola es que ella nunca se arriesgaba a manipulaciones agitadas que tuviesen una finalidad práctica para el favorecido, sino que se ceñía a una investigación superficial y reposada que calmase la atroz curiosidad. Ningún pollastre amigo de Lolita podía enorgullecerse de haber humanizado a la "guayaba", que se había puesto un límite a sus atrevimientos. Perversa y tímida, tenía suficiente con enterarse del tamaño del arma que esgrimía el enemigo; pero siempre sin sacarla de su funda, porque ella no tenía necesidad, como Santo Tomás, de ver para creer, sino que le bastaba con tocar prudentemente.

Y tanto Rafaelito como la "carabina", parecían estar de acuerdo para no percatarse de la frecuencia y sencillez con que Lolita se perdía por las frondosidades del Retiro en compañía de cuatro o cinco gomosines para charlar con ellos de temas escabrosos, que divertían a la nena y mantenían a los jóvenes en estado de ebullición.

II

Las vacaciones de Semana Santa trajeron a Madrid al hermano mayor de Lola, que llegó con su inevitable pandilla de cadetes a cual más rozagante y luminoso. La teatralidad del uniforme convertía a aquellos mancebos en un coro de galanes de opereta, con todo el atractivo de simpatía y buen humor indispensable para satisfacer a la "guayaba".

Para Lolita la irrupción en el hogar de Enrique y sus amigos significaba una serie de emociones en perspectiva, dotadas de un encanto inédito, pues cada vez que el mozo venía a la corte presentaba a su familia amigos nuevos, futuros conejitos de Indias en que la hermana intentaría sus lascivos experimentos.

En marzo de 1923, Enrique asesoróse de Currito Molina, el camarada inseparable en la vida monótona de la Academia de Toledo, el jovial compañero de correrías inocentes por las estrechas calles de la imperial ciudad en pos de una aventura femenina que no llegaba nunca.

Y si Enrique podía ser citado como un auténtico ejemplar de varonilidad irrefragable y producía una impresión arrolladora en las mujeres, con su aspecto de alemancito rubio y blanco, Curro Molina emparejaba dignamente con el hermano de la joven por su prestancia retadora de gallito andaluz, apto para servir las exigencias del corral más numeroso. Contaba, como Enrique, diez y ocho años, y era de una barbarie ingenua y seductora, que le hacía expresarse delante de las hijas de familia con un lenguaje obsceno y sugestivo. Porque el gran atractivo de aquel don Juan Cadete no eran sus ojos agarenos, entornados con especial "cachondería", ni sus labios sensuales de campeón del beso, ni su plasticidad característica, sino aquella indecente manera de expresarse ante las niñas honorables, refiriéndose con la mayor despreocupación a actos y cosas de los cuales no suele hablarse ni siquiera en voz baja.

A la joven buscadora de emociones, que no podía ver un botijo, porque la sola contemplación del pitorro la producía vértigo, y que oyendo exclamar a un pretendiente: "¡Lola mía!", parecía volverse loca, la excitante convivencia con el amigo de su hermano acabó desmoralizándola definitivamente, y decidióse a rebasar el límite de sus depravaciones. El cordobés tenía en sus miradas de árabe perezoso y aguerrido algo de sedicioso, que provocaba en Lola rebeliones solemnes, animándola a descender de la torre de su prudencia,

y empezaron a sucederse los ensueños libidinosos que hacían despertar a la chiquilla húmeda y extenuada, repitiendo incansablemente aquel obsesionante ¡Tacatá! con que Molina subrayaba la intención de sus frases picarescas.



De repente, Lolita Cotollano, que siempre había tenido el pudor de los ojos y que, a pesar de sus atrevimientos, nunca quiso ver lo que a sus manos preocupaba, sintió curiosidades invencibles y deseó embriagarse en la contemplación de sus amigos, y más principalmente el cordobés, con la sintética "toilette" en que el abuelo Adán circulaba

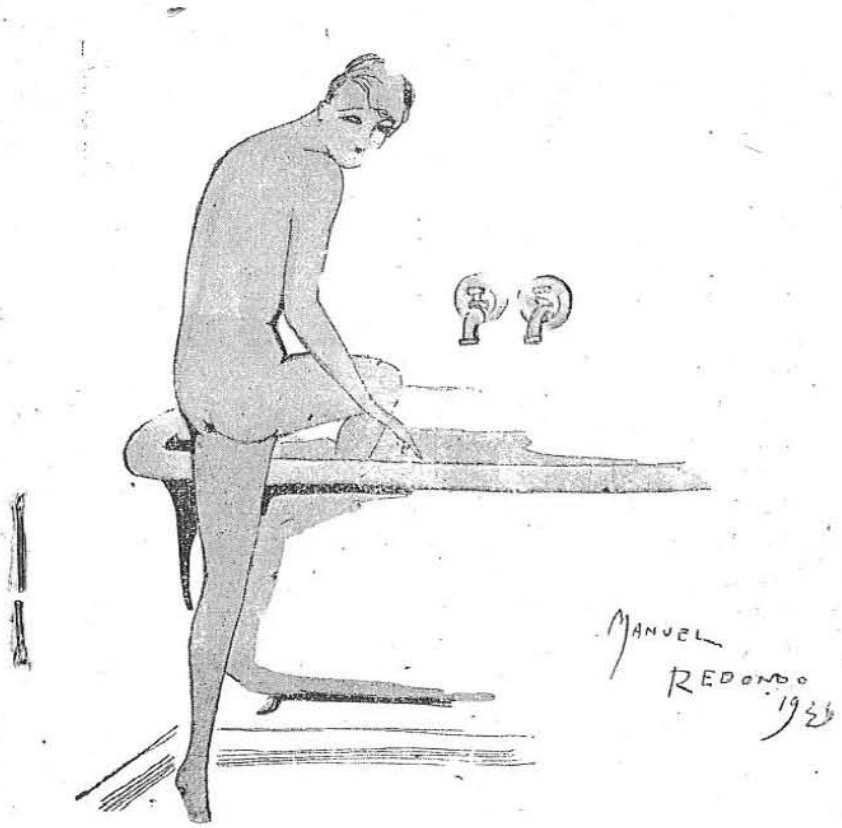
por el Paraíso antes del escándalo que precedió a la hoja de parra, y en sueños alocados presenció un nutrido desfile de cadetes y pollos "bien" que, capitaneados por Currito, parecían dirigirse a un concurso de natación esgrimiendo unas lanzas aterradoras y exquisitas.

Las lúbricas visiones repitiéronse en noches diferentes, y una mañana, Lola, al despertar, exasperada por la fiebre voluptuosa que avivaban en ella los cortejos cívicos-militares basándose, sin duda, en los principios de la relatividad, aprovechó el momento en que Falito se dirigió al cuarto de baño para fisgar aviesamente por el agujero de la cerradura.

Al quedar despojado de sus ropas, antes de sumergirse en la tibieza perfumada del agua, Rafaelito permaneció contemplándose en el espejo con infantil admiración.

Realmente el "guayabito" era una monería y un excesivo desarrollo convertíale en un muñeco rubio y grande, con los ojos de almendra, centelleando tiernamente bajo el arco perfecto de las cejas, la nariz afilada, de aletas palpitantes, y los labios tan encendidos como los de la hermana.

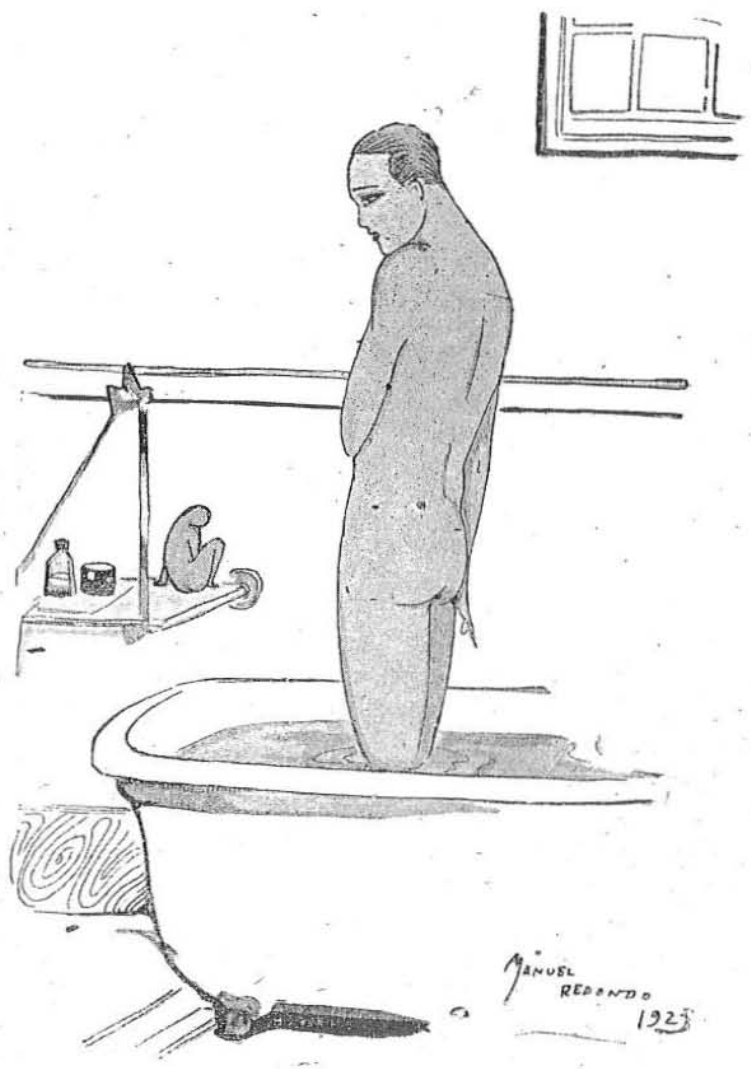
Los deportes y la gimnasia habíanle dotado de unas graciosas redondeces, que inquietaban a más de cuatro admiradores de Lolita, y ésta no pudo por menos de reconocer que Falito ofrecía unas garantías y unos tesoros físicos que justificaban sus prematuros éxitos entre las amiguitas de ella.



Inclinada golosamente ante el ojo de la indiscreta cerradura, la tobillera vió a Falito zambullirse en el agua, que perdió transparencia cuando el nene se enjabonó, y advirtió cómo el "guayabito", excitado seguramente por la aromática tibieza del líquido y el cosquilleo de la espuma del jabón, entregóse a un extraño juego que revolvía el agua y creaba en los ojos del chiquillo un brillo singular.

De pronto resonaron en la estancia unos suspiros delatores de que el travieso juego de Falito derivaban a un final estéril y sabroso, y el "guayabito" quedó inmóvil, con la cabeza reclinada en el borde del baño, denotando por la inefable beatitud del rostro la delicia de aquella sensación que con tanta pericia sabía capturar.

Después, al reponerse del sublime desmayo, salió del recipiente tan lustroso como una estatua de alabastro y marfil, sin más color que el oro de los cabellos en desorden, y el rojor de los labios, y Lolita, que ya había visto cuanto quería ver, abandonó el observatorio, encerróse en su alcoba y, tendida en el lecho, se puso a meditar sobre el misterio pavoroso del deleite sensual.



III

Aquella tarde, cuando llegó Curro Molina al palacio de Cotollano, fué conducido al comedor, donde Lolita, acomodada en su sillón frailero, leía con malsana complacencia la última novela de "El Caballero Audaz", que, con Retana y Pedro Mata, integraba la trilogía de autores predilectos de la joven.

La señora de compañía, interpretaba en la pianola una ensalada musical, que empezaba en la "Quinta Sinfonía", de Beethoven, y acababa en "La Montería", sin olvidar el repertorio con que recientemente fracasó en Maravillas Merceditas Serós.

La entrada del cadete avivó en la "guayaba" lujurias hipotéticas, y, abandonando el ejemplar de *Una cualquiera,* adelantóse hasta el muchacho. Y estrechando, efusiva, sus manos, que retuvo entre las de ella, advirtió con los ojos entornados en su habitual gachonería:

—Enrique no está en casa. Pero me ha dicho que le esperes. Va a volver en seguida.

—¿Y tú qué haces tan zola?—preguntó el cordobés envolviéndola en la caricia de sus ojos morunos.

—Pues estoy esperando a Rafaelito, que ha ido a buscar a mi amiguita Filomena Poyales.

—¡Vaya nombre que tiene tu amiguita!

—Hemos sacado un palco para ir a Eslava con *Madame.*

La aludida, discreta y filarmónica, después de saludar al robusto cadete con una reverencia versallesca, prosiguió encaramada en el taburete de la pianola, acentuando bravamente los pasajes más suaves de la pieza para que el ruido la impidiese escuchar el diálogo de la niña y Currito, que fueron a instalarse en el rincón opuesto de la estancia, detrás de un biombito japonés.

—¡Jozú!—exclamó el cadete de improviso, clavando sus miradas atrevidas en la joven—. ¡Cuidao zi estás bonita! ¡La verdá, que zi tú no fueras hermana de un amigo, la de cozas que te diría!

—Puedes decírmelas igual—autorizó Lolita. Luego montando una pierna sobre la otra, con júbilo exuberante, adoptando una actitud de muñeca de *cabaret* aprendida en los dibujos de Penagos, añadió provocativa—: Pero me parece a mí que no ibas a decirme nada nuevo.

—¡Tienes razón!—reconoció el cadete mordién-

dose los labios—. ¡Te habrán dicho tantas veces que tienes un restrego colozal!

—¡Hombre, te diré!—contestó Lolita, a quien el ceceo de Currito excitaba sobremanera—. Esa es una de las pocas cosas que no había oído nunca.

—Pues como ezas te diría muchízimas. ¡Y no quiero ezplicarte las que haría con eze cuerpecito que es de jamón zerrano! ¡Tacatá!

—¡Pero tú qué ibas a hacer, infeliz!—exclamó ella en su deseo perverso de exasperar a Curro—. Si a mí se me figura que tú eres de esos a quienes se les va toda la fuerza por la boca.

—¿A mí?—preguntó el cadete, aprestándose a la contienda, como si hubiera oído sonar un clarín guerrero—. Yo no quiziera más zino que ahora eztuviézemos en dezpoblado pa poder demoztrarte de lo que zoy capaz. Y lo primero que iba a hacer era comerme a bezos eze cuerpo gitano, que me trae de cabeza.

—Ya sería algo menos.

—Te juro por la gloria de mi madre, que ante anoche zoñé contigo, y cuando dezperté ze notaba en las zábanas. ¡Vaya un zueño más rico! ¡Tacatá! Zuponte que yo eztaba en tu casa de vizita y de pronto yo no zé a qué, pero la coza es que se fueron todos y nos quedamos zolos y de repente te puzizte de pie y te empezaste a levantar zuavemente las faldas hazta dejarlas por encima del cuqui. Y entonces, yo, caí de rodillas y te di un bezo... ¡Tacatá! Donde te puedes zuponer.

—¡Cómo se nota que eres andaluz!—dijo Lolita estremecida y contagiada del apasionamiento del cadete—. Estoy segura de que si un día llegara la ocasión, te quedabas tan fresco.

—Mira, Lolín, no hablemos de ezas cozas, porque me entra la temblaera. Y vamos a zepararnos un poquito, porque con eze traje me eztás poniendo nerviozo. ¡Mi madre, qué bluzita más ajuztada y qué falda más lamida!

—Eso me dice todo el que me ve: "¡Qué lamida!"

—¡Tacatá!

El muchacho patentizaba una emoción que hubiera convencido a la mujer más exigente, y Lolita, ingenua y banal, con voz opaca y lánguida, preguntó a Currito Molina:

—Oye, Currito: ¿a ti te gustaría verme a mí... como en sueños?

—¡Mi alma, qué pregunta! ¡Ezo zería la karaba! Pero yo no te creo tan amable para proporcionarme... eza ración de vizta.

—¿Por qué no? Siempre y cuando que tú fueras discreto...

—Lo zería.

—Y además..., te pusieses a la recíproca.

—¿A la recíproca?—repitió el cordobés—. ¡Tendría grazia! Zólo que yo, en lugar de zubir el telón, tendría que bajarlo.

—No; bastaría que descorrieses la cortina...

—Puez nada, ¡trato hecho! — afirmó Currito Molina—. Y... ¿cuándo va a zer ezo?

—Ahora mismo.

—¿Ahora mizmo?

—Y aquí en este rincón.

—Chiquilla, tú eztás loca.

—Las cosas en caliente.

—Pero zi es impozible.

—Calla, bobo. La "carabina" está enfrascada en la pianola, y cuando empiece un rollo largo, de estos que duran diez minutos, como ella está de espaldas y además el biombo la impide ver qué hacemos..., si tú no te alborotas y si tienes serenidad..., pues podemos hacer... horrores...

—Mira que zi nos sorprendiezen, zería la panocha en bicicleta.

—No te preocupes. Ya oiríamos los pasos y nos daría tiempo a reponernos.

—Pues entonces pa luego es tarde. ¡Y zea lo que Dios quiera!

—Ahora verás: ¡oiga, *Madame*. ¿Quiere hacer el favor de tocar *L'aprés midi d'un faune?*

—Con mucho gusto, señorita—respondió la viuda, encasquetándose maquinalmente su gorrita de terciopelo.

Y en seguida, mientras la noble dama ejecutaba la difícil y lenta producción de Debussy, Lolita, casta y libertina, recogióse la falda de su traje de Thiele y subió hasta pasar de la cintura, dejando al descubierto los muslos torneados y suavísimos, de una dureza juvenil y fragante, en cuya unión florecían tímidamente unos hilillos de oro. Como un creyente deslumbrado por una milagrosa aparición, Currito arrodillóse y, lo mismo que en sueños, besó a aquella adorable y terrible criatura en su encanto más honorable, "durmiéndose en la suerte" con gran satisfacción de la "guayaba", que por vez primera en su vida era objeto de un homenaje de tal índole.

Asombrado de la difícil facilidad de aquel momento, como si presintiera que el celestial pecado no volvería a repetirse, el muchacho seguía de rodillas, prolongando aquel beso abominable y exquisito que también revestía para él los caracteres de una radiante novedad.

Y así hubiera continuado toda la tarde si la conclusión del rollo no hubiese hecho exclamar a la "carabina":

—¿Les ha gustado a ustedes?

—¿Que si nos ha gustado? — repitió Currito Molina—. ¡Tacatá!

—Ahora — dijo Lolita — nos gustaría oír *El aprendiz de brujo*.

La extravagante producción de Dukas era también un rollo largo, de complicada ejecución, y cuando la *Madame* lo puso en la pianola, Lolita, enardecida, con los ojos extraviados y la voz alterada, previno al cordobés:

—¡Ahora te toca a ti!

—¿Que ahora me toca a mí?—murmuró él enrojecido como una colegiala.

—Claro. Es lo convenido. No voy a ser yo sola.

—Pues... mira, chica...—dijo él, vacilante, tras una corta pausa—. Yo, la verdad..., lo ziento mucho..., pero no puedo enzeñar nada... Me da mucha vergüenza...

—¡Tacatá!—dijo Lola, parodiando al cadete—. ¡No hay derecho! Esto es casi una estafa. Como no cumplas lo ofrecido, se lo digo a *Madame*. ¿Es que te pasa algo?

—No, mujer; no tengo nada.

La ingenua le miró escéptica y burlona, y él deslizó al oído de ella tan convincente explicación que la hizo murmurar:

—¡Hijo, por Dios! ¡Qué flojo tienes el muelle!

Menos mal que Falito salvó la situación, entrando en compañía de la esperada amiga de Lolita, y al poco rato llegó Enrique, que recogió a Currito, y, despidiéndose de Lola, Filomena y Rafael, aconsejó a la "carabina":

—Lleven ustedes el paraguas. Porque se me figura que esta tarde va a llover.

—No tendría nada de particular—exclamó Lola, con los ojos en éxtasis—. ¡Está el tiempo tan húmedo!

IV

El regreso a Toledo de Currito Molina, terminadas las vacaciones de Semana Santa, sumió a Lolita en profundo desconsuelo, porque durante varios días el fogoso cadete habíala deparado emociones indescriptibles.

Ahora, Lolita se cocía como en un horno demoníaco, reconstruyendo mentalmente los ardores del Real Cinema, cuando ella y Curro, pretextando que *Doloretes* era una de tantas birrias cinematográficas editadas por la casa Atlántida, se refugiaban en el antepalco, y mientras Rafaelito y la dama de compañía engullían pasteles celebrando los arrestos de la heroína de Arniches, ellos cambiaban silenciosamente besos, mordiscos y achuchones que hubieran ablandado a las estatuas de la plaza de Oriente.

Lo que más excitaba a la tobillerita era sentarse sobre las piernas de Currito y sentir la inmediata palpitación con que el muchacho acogía su pos-



tura. El cadete la entrelazaba con el brazo izquierdo, y con la mano derecha, después de acariciar las pantorrillas de Lolita, ascendía hasta recrearse en la sedeña suavidad de los muslos. Templado por la fiebre que aquella criatura ingenua y libertina despertaba en él, estrujaba Currito aquella carne fresca y dura y calmaba su frenesí acercando su boca a la de la "guayaba", que, conteniendo unos suspiros que hubieran alarmado a Falito y *Madame,* escondía su lengüecita entre los labios del cadete, y le alentaba a introducir la mano en el escote de ella para que comprobase la tibieza de los pechos, cuyos botones parecían querer romper la seda del vestido para desafiar al cielo, inflamados por la pasión.

Luego se levantaban y él la oprimía, enardecido, contra la pared, como si pretendiera incrustarla en el tabique, y ella, al sentir clavados en su pecho los botones del uniforme, saboreaba una emoción terrible y deliciosa, sólo comparable a la que experimentaba cuando creía que él iba a atravesarla con el sable.

Y cuando el desvarío de la pareja alcanzaba su grado máximo, Lolita recurría a aquel extraño juego cultivado en el baño por Falito, y como maestra consumada, daba lecciones al cadete de una habilidad que aniquilaba al joven y le hacía desfallecer, con los ojos extraviados por la intensidad del goce.

De todos los muchachos que habían asediado a



la "guayaba", ninguno había tenido la elocuencia de Curro para hacerla salir de su neutralidad. Pero después de los accidentados escarceos con el ardiente gallo cordobés, las sensaciones que antes parecían a Lolita de un auténtico satanismo, le resultaron inocentes travesuras de ursulinas, y comprendiendo que todavía existía *un más allá,* lamentaba la partida del cadete, que había interrumpido esos descubrimientos amparados por Venus.

Toda la indómita lujuria que escondía el temperamento de la joven, flotaba a flor de piel y la obsesión obscena agudizóse, torturándola sin descanso. Las chimeneas de las fábricas y los árboles de las calles adquirían para ella apariencias de falos monstruosos que la estremecían de agradable pavor, y una noche comiendo tuvo que ser severamente reprendida por su madre debido a la morbosa complacencia con que mordía un plátano.

Soñaba despierta con locuras de una sensualidad pueril y rebuscada, y sus pupilas de topacio se le hundían en el cerco misterioso y violáceo de auténticas ojeras; las aletas de su nariz palpitaban a todas horas como anhelantes de aspirar las fragancias de Eros; un violento temblor agitaba sus muslos y toda ella encontrábase dominada por una laxitud que la habría hecho entregarse al primer hombre que la hubiese solicitado.

Una mañana Lola, al cruzarse en la galería de

cristales con Fermín, el nuevo criado que servía a la mesa, sorprendió en el rostro del joven una sonrisa tan extraña, que la obligó a decirle:

—Oye, Fermín, ¿puede saberse por qué te ríes siempre que me miras?

Sorprendido por la pregunta, pero sin azararse, el sirviente explicó con la desenvoltura de quien está habituado a entenderse con damitas de alto copete:

—¡Es que me pone tan contento ver a la señorita!...

—¡Ah! ¿Sí?

—¡La encuentro tan bonita!—afirmó valiente y risueño—. Y quisiera serla tan agradable que me gustaría poder adivinar sus pensamientos para servirla antes que me lo pidiese.

Rápidamente conquistada por la insospechable mundanidad del mozo, la "guayaba" dignóse concederle unas miradas de atención que la hicieron percatarse de la arrogancia del sirviente y advertir que, vestido de cadete, no hubiese desmerecido nada al lado de su hermano ni de Curro Molina. Porque Fermín tenía esa elegancia de "criado de casa grande", que, a veces, les hace confundibles con el propio señorito, y aunque Lolita no se hubiera enterado antes, poseía esa gentileza y esa fogosidad de los veintiún años. Ancho de hombros, delgado y musculoso, de facciones correctas y extraordinaria palidez, Fermín causaba la impresión de un aristócrata a quien rigores del destino le hubiesen impuesto el cargo de mozo de comedor. Siempre limpio y oliendo a juventud sana y pujante, Fermín justificaba la irresistible simpatía que despertaba irremediablemente en las señoras de las casas que servía, y que obligaban al señor a despedirle como medida prudencial.

En un momento, Lola se hizo cargo de que Fermín era una alhaja masculina, tan confortable y resistente como cualquiera de sus galanteadores del gran mundo, y aunque a ella le placia encanallarse con gente de su rango, empezó a aceptar la hipótesis de aceptar como recurso calmador de sus anhelos a un mozo de comedor digno por todos los conceptos de los favores de una niña encopetada. Sin saber cómo detener a Fermín en la galería, la "guayaba" exclamó, por decir algo:

—Y... ¿estás contento en casa?

—Sí, señorita; muy contento—aseguró Fermín—. Lo que hacía falta es que durase aquí más que en las otras.

—Pero ¿qué haces que de todas partes te echan?

—Pues ser amable, señorita. Pero hay maridos tan celosos y papás tan desconfiados, que en cuanto una señorita joven le distingue a uno, como uno... no es del todo feo..., pues..., qué sé yo..., se creen lo que no es..., y le plantan a uno de patitas en la calle... Es una verdadera desgracia.

—Sí que lo es—asintió la tobillerita.

—¡Porque hay que ver lo que uno sufre cuan-

do tiene que servir donde hay señoras viejas! A mí, que me den casas donde haya señoritas como usted: guapas y jóvenes. ¡Se trabaja con más gusto y hasta por menos sueldo!

Fermín hablaba entusiasmado, aprovechando la ocasión que tanto deseara de una conversación en que pudiera atraerse la simpatía de aquella nena rubia y loca, que él, con su perspicacia de sirviente mundano presentía nadando en un mar de ansiedades voluptuosas. El muchacho, que por su discreción y su prestancia había realizado verdaderas proezas entre el elemento femenino aristocrático, aspiraba a incluir a la "guayaba" en la lista de Ineses que su envidiable donjuanismo había sacrificado, y su acento vibrante y cálido impresionó a la nena muy favorablemente.

El diálogo interrumpióse por la entrada en la galería de Falito, y aquella misma noche soñó Lolita que Fermín se incorporaba al cortejo de militares y paisanos que desfilaban ante ella como el abuelo Adán cuando corría por el Paraíso en busca de una hoja de parra.

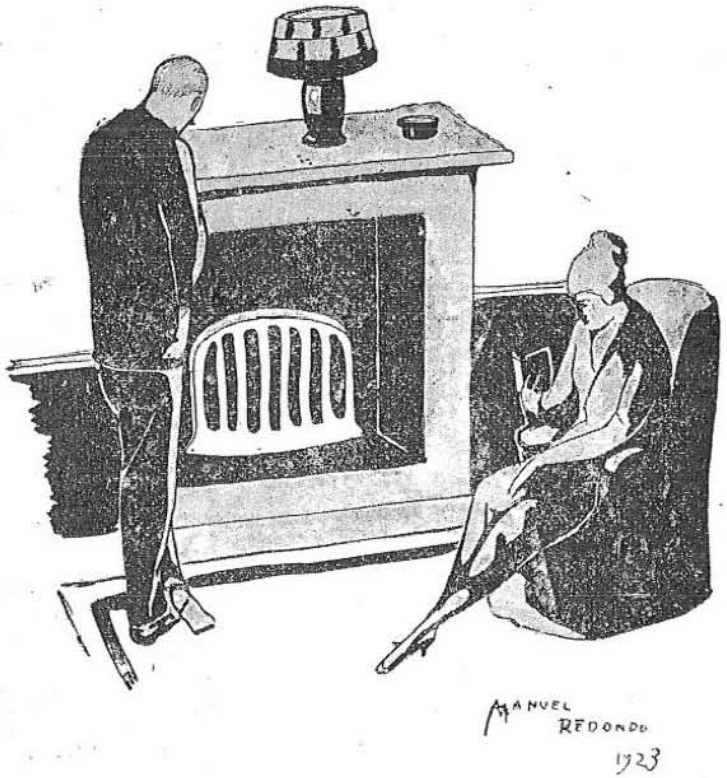
Y Fermín, el capricho de las damas de sangre azul, terror de esposos y de novios, de padres y de hermanos, tuvo otro sueño que Lolita hubiera apetecido se transformara en realidad.

V

No hubiera nunca presumido Lolita Cotollano que fuese con Fermín con quien ella estuviese destinada a seguir su carrera de buscadora de emociones. Pero algo había que la encadenaba a aquel mocito guapo y zalamero, retrayéndola en sus aventuras con los gomosos cortesanos.

Como la casa era tan grande, la "guayaba" y Fermín sabían reunirse con frecuencia oportuna en las habitaciones apartadas para entregarse a las delicias de enervantes fechorías, que en nada afectaban a la integridad de la chiquilla, y muchas tardes, afectando ella un amor jamás sentido por las plantas del jardín, se encerraba en la estufa con el joven, hablando luego a la familia de un cuidadoso riego que no afectaba para nada a las rosas ni a los claveles.

De aquellas entrevistas salía la pareja materialmente rota, porque el goce incompleto siempre desgasta más que la auténtica posesión, con unas ansias más voraces que las que les impelían a per-



petrar las divinas monstruosidades que tenían el incentivo del peligro. El miedo a una sorpresa hacía más intenso el pecado; pero sus embriagueces, cuando no las frustraba Rafaelito con una entrada intempestiva, lejos de depararles un momentáneo consuelo, sólo servían para irritar más sus naturalezas, poseídas por la fiebre del deseo insaciable e insaciado.

Sin embargo, un domingo en que Lolita había sido invitada para pasar el día en el campo con unas amiguitas, regresó a media tarde al palacio de Cotollano, cuando Falito estaba con *Madame* en el "cine" y los padres de la muchacha se hallaban, como siempre, en una fiesta aristocrática. La servidumbre, recogida en sus habitaciones, no concedió importancia a la presencia de Lolita, suponiendo que vendría a cambiarse de traje para ir a algún teatro, y cuando entró en su alcoba advirtió que Fermín se deslizaba detrás de ella.

—¡Ah!—exclamó Lolita—. ¡Creí que eras la doncella!

—A la doncella le tocaba salir hoy—expuso Fermín, besando tranquilamente a la pequeña en la nuca—; pero aquí estoy yo para lo que se te ofrezca.

—Y... ¿esa gente?—preguntó la "guayaba" previsora.

—No hay casi nadie en casa. A mí me creen en la calle.

Impaciente y excitado, Fermín había cogido a

la pequeña entre sus brazos, y sin dejarla desprenderse del sombrero, la mordía en los labios, intentando tenderla sobre el lecho.

—No seas bruto, Fermín—replicó ella con voz reveladora de que también se hallaba predispuesta para un final heroico—. Déjame que me quite la capa y el sombrero.

El chico obedeció, y cuando ella arrojó ambas prendas sobre una silla, solicitó Fermín:

—Y ese traje también debes quitártelo. Tengo unas ganas de saber cómo estás sin camisa...

—Pues ¿cómo voy a estar?—exclamó ella riendo—, ¡riquísima!

—¡Anda, quítate el traje!—insistió él—. Hoy podemos hacer lo que nos dé la gana, porque son las seis, y hasta las ocho no vendrá nadie.

—Es que... te tengo miedo...

—Anda, nenita, rica, no seas mala conmigo. ¡Con lo que yo te quiero!

Nervioso, había vuelto a apoderarse de la joven, e intentaba desabrocharle su vestido de crespón amarillo, adornado con piel de mono.

—No; estate quieto. Tú no sabes. Yo me lo quitaré.

Con increíble ligereza acercóse Lolita a la puerta de la alcoba para echar el pestillo, y en seguida quitóse la vaporosa creación de Thiele, que extendió sobre el tocador. Pero no conforme con esto, desprendióse de toda la ropa interior y que-



dó solamente con las medias y los zapatos de ante gris, preguntando al muchacho:

—¿Y ahora, estás contento?

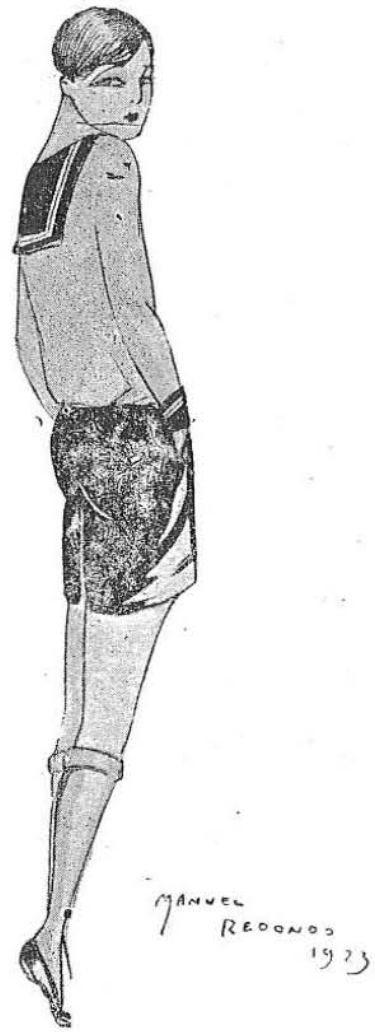
En el óvalo del rostro, los ojos se entornaban con la expresión de Salomé en el momento de pedir la cabeza del Bautista, y Fermín, que la hubiese concedido hasta la cabeza de La Goya, abalanzóse rudamente sobre ella, y cogiéndola en alto, la condujo hasta el lecho.

—Nena, nenita mía, ¡con lo que tú me has quitado el sueño, con lo que yo he deseado este instante! Pero todo llega en este mundo, y hoy vas a ser mía, muy remía, porque yo te merezco más que cualquiera de esos "niños peras" que te hacen el amor.

—No me asustes, Fermín. ¿Qué vas a hacer?

—Demostrarte que te quiero y hacerte gozar mucho. Y gozar yo también. Pero ¿tú crees que podía conformarme con lo poquito que me dabas? No; yo te quiero toda. Y aunque luego me maten, aunque seas mi perdición, hoy va a ser el día más feliz de nuestra vida.

Lolita, que había cerrado los ojos para no ver desnudarse a Fermín, sentíase sin fuerzas para resistir a la osadía de aquel guapo mozo que tan ardientemente deseaba, y cuando le sintió desnudo junto a ella percatóse de que sería inútil resistirse. Entregóse casta e impúdica, con los ojos cerrados e hirviente de deseos, sin pensar en otra cosa que en complacerle a él y en complacerse a



sí misma. Olvidóse de lo divino y de lo humano para gozar esplendorosamente, sin trabas de ninguna clase y sin remordimientos, segura de que "aquello" era su destino, y no valía la pena de amargarse el rato oponiendo dificultades e invocando prejuicios. Curiosa y amoral, Lolita, como tantas buscadoras de emociones, finalizaba como todas las muchachas que no saben ser fuertes contra el demonio de la sensualidad: disponiendo de lo que es suyo; pero que no se debe dar a nadie porque es el único tesoro con que cuenta la mujer para obsequiar a su marido la noche de la boda.

Y cuando todo hubo acabado, cuando la infatigable bebedora de sensaciones de la carne quedó ahita de goce, medio desvanecida de placer bajo la férrea opresión de aquel mocito pálido, que no hubiera desdeñado una reina para sus liviandades, la "guayaba" exclamó con voz velada:

—¡Por aquí debía yo haber empezado!...

Alvaro Retana

LA PRÓXIMA NOVELA DE

ÁLVARO RETANA

QUE APARECERÁ EN ESTA REVISTA, LLEVARÁ POR TÍTULO

Mi novia y mi novio

ILUSTRACIONES DEL MISMO